

PALABRA DE DIOS Y ESPIRITUALIDAD

No cabe duda que, un título como el presente, corre el peligro de ser excesivamente ambiguo, por lo que nos podríamos quedar en simples generalidades o, por el contrario, centrarnos en un aspecto particular y orientar sobre él nuestra reflexión. El horizonte de sentido ha quedado delimitado por el sínodo de los Obispos del mes de octubre de 2008 que tuvo como tema de reflexión: «*La palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*». Por tanto, nuestra intención y marco es poner en diálogo la Palabra de Dios, con aquello que es específico del ser cristiano: *una espiritualidad*, que da sentido y sustenta al hombre en su devenir histórico.

En este sentido, el puesto de la espiritualidad en la teología, está estrechamente vinculado al proyecto de vida, ya que el dogma debe profundizar en la fe, y la ética mira a la formación de la conciencia cristiana, a discernir lo que está de acuerdo o no con los grandes principios vertebradores del cristianismo. A la espiritualidad le corresponde preocuparse del cristiano como proyecto de vida global. Se trata de profundizar en el proyecto de vida personal y comunitario; algo que viene especialmente determinado por la creatividad y la experiencia concreta que cada uno haya vivido. Por lo mismo, la espiritualidad es algo personal e irrenunciable, algo singular que no puede venir impuesto por otros. Pero algo que supone un cuidado también por parte del individuo y de la misma sociedad¹.

Precisamente por esa manera particular de hacer, se impone la recuperación de esa dinámica entre lo fijo y lo libre. Entendiendo por fijo los valores

1 En un mundo como el actual, en el que se ataca abiertamente la existencia de Dios, la espiritualidad constitutiva del individuo se convierte en una manifestación callada de aquello que el pueblo siente y experimenta de manera afectiva, como opuesto –en este caso– a lo racional y, por lo mismo, algo ineludible.

esenciales del cristianismo y, por libre, los distintos caminos a escoger y encarnar. Nadie duda de que todos estamos llamados al discipulado-seguimiento de Jesús, pero hay muchas y variadas maneras de concretarlo. Y ese es precisamente el espacio propio para la creatividad personal, que necesariamente ha de tener sus consecuencias sobre lo comunitario, como elemento característico de la identidad cristiana.

La teología espiritual –planteándolo desde la oposición a otras disciplinas– no se preocupa tanto de la recta comprensión de la fe, ni del recto obrar, ni de la adecuada transmisión de la fe, cuanto del cristianismo como proyecto de vida y los medios para vivirlo cristianismo como proyecto de vida comunitario y, a la vez, personal. Es preciso atender a este aspecto formal acerca del lugar específico de una disciplina, puesto que el lugar ocupado determinará, en un segundo momento, también muchas de los procesos que éste lleva implícitos, así como las consecuencias deducibles de los mismos.

Metodológicamente no podemos olvidar que, la espiritualidad, como disciplina teológica, tiene un campo de acción particular y propio, incluso con una sensibilidad diversa. Mucho se ha escrito en los últimos años sobre esta cuestión, como tema fundamental para poder afrontar con seriedad el discurso de un estudio sobre la espiritualidad². Esa categoría particular y propia no es otra que la de la *experiencia*, que determina radicalmente el horizonte de sentido de la teología espiritual³.

2 Sobre este particular, cf. Ch. A. Bernard, *Introducción a la Teología Espiritual*, Verbo Divino, Estella 1997; Id., *Teología espiritual*, Atenas, Madrid 1994; J. Espeja, *La espiritualidad Cristiana*, Verbo Divino, Estella 1992; S. Gamarra, *Teología espiritual*, BAC, Madrid 2000, 4 ed; B. Secondin-T. Goffi, *Problemas y perspectivas de espiritualidad*, Sígueme, Salamanca 1986; A. Guerra, *Introducción a la Teología espiritual*, Santo Domingo, 1994, J. Martín Velasco, *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 2003, 2 ed; Id., *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid, Trotta, 2007, 5 ed.; D. de Pablo Maroto, *El camino cristiano. Manual de Teología espiritual*, UPSA, Salamanca 1996; F. Ruiz Salvador, *Caminos del Espíritu. Compendio de Teología Espiritual*, EDE, Madrid 1998, 5 ed., D. Sorrentino, *L'Esperienza di Dio. Disegno di teologia spirituale*, Cittadella Editrice, Assisi 2007; A. Staglianò, *Teologia e spiritualità. Pensiero critico ed esperienza cristiana*, Studium, Roma 2006; J. Sudbrack, *El Espíritu es concreto*, Mensajero, Bilbao 2004; VV. AA., *La Teologia Spirituale. Atti del Congresso Internazionale OCD*, Edizioni OCD-Edizioni del Teresianum, Roma 2001; K. Waaijman, *La Spiritualità. Forme, Fondamenti, Metodi*, Queriniana, Brescia 2007; J. Weismayer, *Vida Cristiana en plenitud*, PPC, Madrid 1990.

3 “In un senso più ristretto, e anche più abituale, *spiritualità* fa riferimento al *fatto religioso*. Ma su questo piano è importante distinguere tra un senso complessivo, che coincide con ‘fenomeno religioso’ in quanto tale, e ciò che invece ne costituisce il versante *esperienziale*. Nel primo senso, il termine non solo comprende tutta la teologia, ma il modo religioso nel suo insieme. Nel secondo caso ne denota invece un’espressione specifica, indicando il fatto religioso in rapporto alle dinamiche soggettive di ciascuna persona: è le religiones in quanto oggetto di percezione, coinvolgimento e opzione esistenziale”. D. Sorrentino, *L'esperienza di Dio. Disegno di teologia spirituale*, Cittadella Editrice, Assisi 2007, 28.

Una vez que hemos delimitado brevemente el marco en el que nos vamos a mover, ha llegado el momento de emprender el camino y delinear un proyecto capaz de disponer la relación del individuo con su propia experiencia de lo sagrado.

1. ADECUACIÓN ENTRE EXPERIENCIA Y VIDA

La experiencia espiritual, en cuanto expresión de la fe experimentada en la historia, exige una comprensión atenta tanto de la dimensión histórica como de la teológica⁴. Esta cuestión tiene gran importancia, puesto que eclesialmente, con vistas a la evangelización de nuestras gentes, parece necesario recuperar métodos adecuados y comprensibles que nos acerquen al Creador. No podemos olvidar la vinculación particular existente entre teología, historia y lo fenoménico religioso, como elemento constitutivo del hombre. Encontrar ese espacio y equilibrio del propio individuo con su experiencia de lo sagrado supone, en un mundo convulso y acelerado como el actual, la oportunidad que todos tenemos de relajarnos y serenarnos... descansar, en definitiva, de los ritmos frenéticos en los que nos movemos cotidianamente. La adecuación entre una experiencia de fe y la vida de las gentes que la han expresado a lo largo de más de dos mil años, lógicamente ha de tener algo que aportar a nuestra vida concreta también hoy. Y este es un reto y casi un misterio hacia el que también nosotros estamos abocados.

Por otra parte, el teólogo que quiera comprender la experiencia cristiana auténtica, no podrá dejar de lado el problema de la fenomenología y de la figura del cristiano: de sus aspectos característicos, de sus tensiones específicas, etc. Debe estudiarlo y resolverlo teológicamente, según una precisa metodología teológica y bajo el prisma concreto del saber crítico de la fe, que ha de ser verificable y, por lo mismo, medible empíricamente. La clave está en algo que nosotros no podemos medir: *la fe*, que comprende al cristiano concreto y su experiencia de vida.

4 “La historia de la espiritualidad –escribe G. Dumeige– debe hacer uso de métodos diversos por su naturaleza pluridisciplinar, y hay pocos especialistas capaces de integrar los resultados de las respectivas investigaciones; pasar de la consideración del individuo a la consideración del grupo supone recurrir a la psicología, y a la sociología, cuyos métodos no son aplicables en su totalidad al estudio del pasado. La necesidad de pasar de la historia de los acontecimientos a la historia interior experimental tropieza con la dificultad de captar adecuadamente la experiencia espiritual”. G. Dumeige, “Historia de la espiritualidad”, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Paulinas, Madrid 1983, p. 636.

Si en otros ámbitos de la teología el diálogo es esencial (piénsese v.gr. en toda la temática de la vida humana, o de la misma comprensión del hombre, frente a otras culturas o movimientos culturales), no lo es menos en la espiritualidad, precisamente por encontrarse también en el marco de la teología práctica. El diálogo, en este sentido, requiere además respeto, para saber escuchar al otro, ser lo suficientemente humilde como para aceptar la experiencia concreta del que tengo frente a mí⁵. Llegar a hacer más permeable esa experiencia propia del cristiano, cual es el sentirse hijos de un mismo Padre, que nos hace a todos hermanos.

En este sentido, no son desdeñables las experiencias que se han ido introduciendo a lo largo de la historia intentando entablar un diálogo sincero con Dios, y que pasa indefectiblemente por la experiencia de sentirnos todos hermanos. No cabe duda que la espiritualidad es uno de esos ámbitos de lo religioso, donde con más claridad se puede constatar ese *diálogo* que se expresa también en la adecuación de diversas tradiciones y culturas. Sirva de ejemplo, la influencia que han tenido en las formas concretas de oración, los métodos orientales de concentración y de meditación. Efectivamente se trata de un enriquecimiento, pero el peligro viene cuando no se ha producido un adecuado equilibrio entre el método y la forma, con lo que lo externo ha terminado por ocuparlo todo⁶.

Nuestra propuesta, por tanto, parte de la necesidad de escucha que es inherente al ser humano, que tiene necesidad de que Dios le hable. Aquello que tradicionalmente ha sido conocido como el *ansia de Dios*, expresado maravillosamente en el Salmo 63 con la imagen de la tierra sedienta.

«Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el alba te deseo;
estoy sediento de ti, por ti desfallezco,
como tierra reseca, agostada, sin agua.
Quisiera contemplarte en tu santuario, ver tu poder y tu gloria» (S 63,1-3).

5 Simplemente enuncio la cuestión, pero me parece de crucial importancia. Esa humildad supone escuchar al otro y su experiencia de Dios. Pongamos el ejemplo de la, tantas veces denostada, religiosidad popular ámbito por el que transita la experiencia de Dios de un amplio sector de nuestra sociedad, en este sentido se impone la escucha y el diálogo como medio para ayudar a ver también ahí la mano de un Dios que puede hablarnos de múltiples maneras. A este respecto, cf. J. A. Ramos Guerreira-F. Rodríguez Pascual-M. A. Pena González (eds.), *La religiosidad popular. Riqueza, discernimiento, retos*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia, Salamanca 2004.

6 En este sentido, prefiero considerarme en una postura cauta, pues creo que el enriquecimiento ha sido mayor que el riesgo y es necesario seguir caminando en este constante diálogo. Por otra parte, no se puede olvidar que en este tercer milenio que estamos comenzando a vivir, donde las cosas no son todo lo esperanzadoras que hubiera sido de desear, se impone una mirada atenta hacia el Oriente, puesto que una gran porción de nuestra fe se debate en aquellas latitudes y, es totalmente lógico, que lo expresen desde sus propias formas culturales.

Ese diálogo sincero puede llevarse a cabo, de manera peculiar, por medio de la escucha atenta de su palabra, algo que ha marcado la experiencia de muchas generaciones de creyentes. Diálogo que, san Ambrosio representa de manera admirable, en esas palabras que tantas veces hemos escuchado y que tan acertadamente recogió la *Dei Verbum*: «a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (DV 25)⁷.

Al tratarse de un diálogo, lógicamente se requiere de un emisor y un receptor, que sean capaces de generar un movimiento del uno al otro, en el que se pueda facilitar esa necesaria actitud de diálogo que, por otra parte, es constitutiva del hombre. Esa tendencia viene, además, fundamentada en la lectura atenta de la Palabra de Dios, como se afirmaba ya, en el capítulo II, de los *Lineamenta* para el Sínodo, siguiendo las intuiciones clásicas de la *Dei Verbum*, y que va haciendo notar que «es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (DV 21)⁸.

Por tanto, para lograr ese diálogo sincero entre Dios y el hombre, al contar con su mensaje expresado en la Sagrada Escritura, necesariamente se han de encontrar medios adecuados y oportunos, capaces de lograr esa comunicación. Métodos, es cierto que existen muchos, pero después de la experiencia en las últimas décadas en algunos lugares y, en concreto en Italia, especialmente de la mano de figuras tan significativas como las del cardenal Martini, un método adecuado es aquel que enfrenta al individuo y a la comunidad con el texto sagrado, le permita profundizar en él, hacerlo oración y, desde ahí, convertirlo una vez más en fuente de vida y acción para los hombres. Un reto que tiene en sus manos cada uno de los que nos consideramos seguidores del Maestro.

Como se puede intuir, queremos proponer la recuperación del método clásico de la *Lectio Divina*. La razón de ser se encuentra en la coherencia de fórmulas válidas también para nuestro hoy. En diversos lugares, especialmente en las últimas décadas, se ha venido utilizando la *Lectio* dirigida a los jóvenes, ofreciéndola como una alternativa a tantas de las posibles que se ven en nuestro mundo presente. No sabría medir los resultados matemáticamente, puesto que nuevamente vemos que no tendría sentido, pero sí es cierto que nos abre y

7 "Illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula". San Ambrosio, *De officiis ministrorum* I, 20, 88 (PL 16,50).

8 *Lineamenta para el Sínodo*, n. 18.

nos sitúa ante una manera más en la que Dios nos está hablando, de manera especial y particular, por medio de su Palabra. Que, no olvidemos, es palabra de vida (cf. Jn 6,68; Hb 4,12; 1 Jn 1,1).

Por tanto, supone también una actitud activa, en la que hemos de procurar encontrar formas adecuadas de lectura y escucha orante de la Palabra de Dios. Esta opción está, además, en perfecta sintonía con el Sínodo que, en el n. 34 de los *Lineamenta* proponía como elemento fundamental para el encuentro del hombre con Dios la *escucha de la Palabra*. Desde una visión cristiana, por tanto, la Sagrada Escritura viene ubicada en ese lugar prioritario en la vida del creyente que se merece, pero que con tanta facilidad olvidamos o descuidamos. No se trata formalmente de contar con una Biblia en nuestra propia biblioteca o casa, sino convertirla en compañera de camino. Pero para lograr esto, quizás la primera cuestión que no podemos perder de vista, es la realidad de nuestro presente, donde la capacidad de escucha se convierte en algo mucho más complicado que en otras épocas, especialmente por el sinfín de ruidos que nos llegan de todas partes. Nuestra sociedad está cargada de llamadas y de sonidos, que no permiten captar fácilmente aquellos que son realmente esenciales. No podemos olvidar este tipo de cuestiones, que son las que nos han de llevar a cuidar más y mejor aquello que queremos transmitir.

Por lo mismo, es preciso hacer un espacio en la propia vida, para ese encuentro particular y sereno con Dios, en el que su palabra ha de ocupar un lugar preferente. Vivir según el espíritu, respondiendo a la razón más profunda y auténtica de la espiritualidad personal supone, como se intuía ya en los *Lineamenta* para el Sínodo, «la capacidad de hacer espacio a la Palabra, de hacer nacer el Verbo de Dios en el corazón del hombre. En efecto, no es el hombre quien puede penetrar en la Palabra de Dios, sino que sólo ésta puede conquistarlo y convertirlo, haciéndole descubrir sus riquezas y sus secretos y abriéndole horizontes con sentido, propuestas de libertad y de plena maduración humana (cf. Ef 4,13). El conocimiento de la Sagrada Escritura es obra de un carisma eclesial, que es puesto en las manos de los creyentes abiertos al Espíritu»⁹.

Nuevamente constatamos otra de las grandes dificultades ante las que nos encontramos: la necesidad por parte del hombre para reconocer que es él quien recibe y es sorprendido por la palabra. Sin una verdadera actitud de humildad y de cercanía sincera, la Palabra permanece cerrada ante nosotros como describe magníficamente el libro del Apocalipsis con la imagen de los

⁹ *Ibid.*, n. 34.

sellos, en la que se expresa de manera sumamente provocadora: *Ven y mira* (cf. Ap 6,1. 3. 5. 7. 9. 12).

Por tanto, estamos ante un gran tesoro que hemos de ser capaces no sólo de descubrir, sino de transmitir. En este sentido, una de las cosas que más me han sorprendido siempre del acercamiento a la Escritura es su capacidad para interrogar o, si se prefiere, para interrogarnos. La Palabra de Dios no está pensada como un diálogo entre Dios y un individuo, sino que tiene una referencia directa e ineludible con el pueblo, con la comunidad. No se trata de un mensaje o de una lección que recibimos y se nos comunica para nosotros mismos, sino que se nos entrega, para que la compartamos, para que seamos capaces de transmitirla a otros. Este detalle, que corremos el riesgo de olvidar con demasiada frecuencia¹⁰, es el sentido profundo que nos permite desarrollar una vida cristiana fundamentada en aquellos elementos que han acompañado la fe del pueblo a partir de toda la tradición de Israel y, en un segundo momento, en la tradición cristiana, teniendo a la comunidad que camina hacia su Señor como horizonte de sentido. Por lo mismo, en las proposiciones conclusivas del Sínodo, se recomienda «la formación de pequeñas comunidades eclesiales donde venga escuchada, estudiada y orada la Palabra de Dios»¹¹.

Si somos sinceros, hemos de reconocer que se trata de un gran reto, no de algo fácil de conseguir en la dinámica en la que nos encontramos en este momento, sino que supone un esfuerzo y una dedicación a la tarea. Quizás, lo más complicado, sea convencernos a nosotros mismos de la posibilidad e importancia de recuperar una tradición que pone en perfecta comunicación dos elementos esenciales en la vida del cristiano: la Palabra de Dios y su misma experiencia de Dios, que se ven confortadas y fortalecidas por medio del encuentro. Hemos de ser capaces de descubrir la Palabra de Dios como un manantial inagotable, en el que Dios quiere que saciemos nuestra sed, que la llenemos con su encuentro y con su mensaje de salvación. No olvidemos que, «ningún texto de espiritualidad o de literatura puede adquirir el valor y la riqueza contenida en la Sagrada Escritura que es Palabra de Dios»¹². Por lo que es preciso buscar medios eficaces que acerquen al creyente, y a aquél que se encuentra en búsqueda, a su propia Palabra.

10 Para este mundo en el que nos encontramos y en el que nos ha tocado vivir, donde cada vez se habla más de los derechos humanos de diversos grupos sociales, es donde el ser humano cada vez se siente más solo y, constantemente busca alternativas que llenen su vida.

11 *Proposición*, n. 21.

12 *Ibid.*, n. 14.

Es cierto que, en ese manantial inagotable que es la Palabra de Dios, se puede producir un efecto muy particular y que forma parte también de la dinámica de la fe: el que se aumente más nuestra sed, en vez de verse saciada. Ojalá fuera así y nos convirtiéramos en auténticos testigos de su mensaje, sintiendo la necesidad material de acercarnos diariamente a su palabra, para hacerla vida y nosotros convertirnos en verdaderos testigos de la misma. Ésta es precisamente la experiencia de muchos de sus testigos, de nuestros santos, cuyas vidas –de alguna manera– han discurrido al lado de la Palabra.

Pero, por otra parte, no es fácil en el mundo y tiempo de la *imagen*, proponer la vuelta a la *Palabra*. Es cierto que ésta ya no atrae de la misma manera y, por lo mismo, no puede ser presentada como un fenómeno de masas. Una cosa es el número de ediciones que se editan cada año de la Biblia en las distintas lenguas y, otra muy diferente, el acercamiento y la lectura de la misma. Los intentos por hacer más asequible la Escritura al gran público, especialmente por medio de la imagen han sido constantes y, cada vez de manera más sofisticada y con más efectos especiales, pero no nos equivoquemos; una cosa es la presentación o representación visual de una historia y, otra muy diferente, introducirse en una historia de salvación que, además, es la experiencia viva de un pueblo¹³. Ni siquiera un gran director de cine será capaz de superar esa barrera de dos mundos y lenguajes diferentes. La imagen puede resultar un buen apoyo para aquellos que ya conocen y han tenido algún tipo de acercamiento a la misma, pero no así para los que lo observan como una historia o película más, dentro de la gran oferta cinematográfica de nuestro presente. La razón de sentido, por tanto, se ha de encontrar en la delimitación de un camino de acercamiento a la Palabra, de reconocerla como válida para nuestra vida, de tal manera que sea capaz de incidir y tener también algo que decir en nuestra propia historia y en nuestra experiencia. Por lo mismo, la manera cómo hemos de acercarnos a la palabra ha de ser la de la confianza, como la que muestra un hijo con su madre, de la que no puede recibir nada malo o negativo, donde la actitud de escucha posibilita la adecuada transmisión de un mensaje. Incluso dando el salto, entendiendo por tal no una experiencia ocasional o puntual, sino muy al contrario, un acercamiento sereno y tranquilo en el que uno se mantiene y crea un estilo de estar, como algo que forma parte del propio ritmo de nuestro existir. De igual manera que realizamos otras tareas o actividades en nuestra vida cotidiana.

13 Así se afirma en la proposición 26 del Sínodo: «la Bibbia diventa per i lettori attuali un libro del solo passato, ormai incapace di parlare al nostro presente».

Guillermo de Saint-Thierry lo expresaba de manera singular, precisamente haciendo referencia al método de la *Lectio Divina*:

«Difiere totalmente de una breve hospitalidad, así la lectio divina habitual se diferencia de la ocasional. La regularidad y la perseverancia en ella constituyen un presupuesto indispensable para su eficacia. En todo caso, la lectio debe alternar con la oratio»¹⁴.

Precisamente para lograr ese diálogo con la palabra, propongo acercarnos a la *Lectio Divina* acompañados de la vivencia mística de san Juan de la Cruz, en los versos de su *Noche oscura*, que manifiestan también su experiencia concreta de encuentro y afianzamiento en Dios, permitiéndonos vislumbrar actitudes y medios adecuados a tal fin. Utilizaremos los versos de manera que nos vayan adentrando en la experiencia de encuentro con Dios a través de su Palabra, quizás forzando un poco el sentido de los mismos, pero también abriéndolos a un diálogo con nuestra propia experiencia creyente, para que ésta pueda contar con las herramientas y actitudes necesarias para ponerse en camino hacia ese encuentro imprescindible con la Palabra de vida. Para lograr eso que Guillermo de Saint-Thierry presentaba de una manera tan sagaz: la alternancia entre lectura y oración.

2. «SALÍ SIN SER NOTADA ESTANDO YA MI CASA SOSEGADA»¹⁵

Partimos con estos conocidos versos, en los que se describe muy bien ese primer paso necesario para lograr ver a Dios por medio de la Escritura. El creyente tiene la necesidad de hacer silencio, de buscar el espacio adecuado, de prepararse en la manera más apropiada para entrar en la experiencia de Dios. Quizás ésta sea una de las dificultades más grandes en nuestro presente... la capacidad para escuchar, para hacer silencio, para abandonar todas esas cosas de las que está cotidianamente acompañada nuestra vida y que, desgraciadamente, van ocupando cada vez más espacio, dando la sensación o la apariencia de que son esenciales en nuestro propio desarrollo diario. Por tanto, se impone un esfuerzo personal para reubicar las cosas en su justa medida.

14 Cf. Guillermo de Saint-Thierry, *Lettre aux frères du Mont-Dieu*, III, 2, 120-123 (SC 223, 239-241).

15 San Juan de la Cruz, "Noche Oscura, canción 1ª", en *Obras Completas*, Burgos, Editorial Monte Carmelo, 2003, 8 ed., 539.

Cuando estoy planteando el punto de partida desde estos límites, no es porque quiera tratar las cuestiones desde una visión negativa, sino muy al contrario, la intención es mostrar las dificultades con que cuenta la mayoría de nuestra sociedad para un acercamiento que todos consideramos esencial y que, el mismo Sínodo ponía de manifiesto: «se exhorta a todos los fieles, incluidos los jóvenes, a acercarse a la Escritura por medio de una “lectura orante” y asidua (cf. DV 25), de tal suerte que el diálogo con Dios se convierta en realidad cotidiana del pueblo de Dios»¹⁶. La dificultad de fondo está en nuestra propia formación cristiana y creo que a todos los niveles. ¿Cómo se va a acercar un joven a la Palabra de Dios y, especialmente a la escucha orante de la misma, sino cuenta con alguien que le acompañe? Por otra parte, nadie duda de la falta de herramientas adecuadas a este fin¹⁷. Pero el problema no es sólo que las últimas generaciones cuenten con esta dificultad, sino que tendremos que reconocer que es el límite presente en nuestro contexto, y que afecta a la mayoría de las comunidades cristianas, donde aunque es cierto que progresivamente se ha logrado un acercamiento a la misma, ésta sigue sin formar parte de la vida y experiencia de fe cotidiana¹⁸. Nuestra vida está cargada de múltiples palabras que ahogan y no dejan oír la voz de Dios, especialmente a partir de la Escritura.

Constatado este límite, que es una cuestión esencial, podemos ya volver a ese necesario encuentro de la Palabra de Dios con nuestra vida; ese momento necesario de recargar fuerzas, de serenar otras cuestiones, de valorar los mismos medios ordinarios que están a nuestro alcance: la escucha de la Palabra en las celebraciones litúrgicas¹⁹, los grupos de formación y reflexión bíblica, los amplísimos recursos de formación con que se cuenta –no sólo a nivel de investigación, sino también de divulgación–. Y, si uno tiene los medios y las cualidades, una formación sistemática del mundo bíblico, con todos los medios necesarios a su alcance, de tal suerte que posibiliten tomar la palabra en nuestras manos y disfrutar de ella como lo hacemos cuando tomamos en nuestras manos a un recién nacido que nos sonrío alegremente.

16 *Proposición*, n. 22.

17 Mientras la sociedad, de manera general, están aumentando los niveles de formación y cualificación intelectual, especialmente en el campo tecnológico. En el de las ciencias eclesiológicas las limitaciones y la formación comienza a ser precaria. La cuestión tiene especial relevancia, puesto que esto dificulta la comunicación entre emisor y receptor que, progresivamente, se van diferenciando en aquello que tienen en común.

18 El ejemplo más claro creo que se encuentra en las manifestaciones de religiosidad popular que conservamos, son muy pocas las que tiene una fundamentación escriturística, ya que la gran mayoría responden a una expresión de piedad o de sentimiento popular.

19 A este respecto, véanse los detalles concretos en los que insisten los padres sinodales, para que la transmisión del mensaje sea lo más eficaz posible. Cf. *Proposición*, n. 14: Palabra de Dios y liturgia.

Quiero insistir, fundamentalmente, en el medio más ordinario con el que contamos los creyentes, y que no es otro que la escucha de la Palabra. Normalmente solemos percibirla como una historia hermosa de una experiencia de Dios en un momento pasado; cargándola esencialmente de un sentido histórico y dejándola casi desprovista del valor singular de conectar con nuestra historia, que no es siquiera capaz de cuestionar nuestros propios actos. Es decir, la lectura adquiere un carácter eminentemente impersonal que no pone nuestra vida en relación con Dios²⁰. Por tanto, el esfuerzo ha de orientarse especialmente en relacionar nuestra vida con esa experiencia del pueblo de Dios, ayudados por los medios que los especialistas ponen a nuestro alcance, y dejando también que aflore aquello que tenemos en lo profundo de nuestro corazón. Hacerlo de esta manera, supone también estar atentos a no caminar en medio de lecturas erróneas o de corte excesivamente literal.

Esta cuestión es de verdadera importancia, sobre todo cuando vemos que hoy en día, en lo religioso cobra especial fuerza una lectura de corte controversista. Esto que nosotros consideramos especialmente significativo en el mundo musulmán, también está presente en el campo cristiano y en las múltiples interpretaciones de la Escritura. Es cierto que, con la Biblia en la mano, podríamos justificar cualquier tipo de postura y procedimiento pero, precisamente por ello, es necesario hacer una lectura adecuada y que no tergiversar la interpretación y el contexto desde el que hemos de meditar una lectura. Este tipo de cuestiones están mucho más presentes de lo que nosotros somos conscientes. Piénsese, v.gr. en las disputas entre creacionistas y evolucionistas... todavía siguen presentes y, lo único que traen consigo, es una fuerte confusión e incapacidad para diferenciar cuestiones esenciales de nuestra fe, de otras que simplemente son puramente anecdóticas o maneras concretas de expresar un hecho. Ambas posturas, por otra parte, están tan cargadas de prejuicios que olvidan la importancia singular que tiene la experiencia del pueblo en la interpretación de la Escritura²¹.

20 Es, por otra parte, el riesgo que se corre constantemente desde un ámbito académico, donde podemos saberlo todo formalmente sobre un libro de la Biblia, su construcción... incluso ser capaces de "disecionar" perfectamente sus perícopas... pero la convertimos en algo teórico y fundamentalmente intelectual, cuando la Palabra es y ha de ser siempre eminentemente afectiva y transmisora de un mensaje y de una experiencia de fe, para la vida de un pueblo en un momento concreto, que luego se convierte en experiencia para todos los creyentes.

21 El mismo Sínodo, insistía sobre esta cuestión, en la proposición 46: *Lectura creyente de la Escritura: historicidad y fundamentalismo*, afirmando que «El creyente para usar con fruto la *Lectio divina* debe ser educado a "no confundir inconscientemente los límites humanos del mensaje bíblico con la sustancia divina del mismo mensaje" (cf. Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, I F)». No se puede tampoco olvidar la advertencia puesta por el Concilio Vaticano II, en la Constitución *Dei Verbum*, cuando afirmaba «que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre» (DV 25).

Precisamente por ello han de estar siempre presentes los dos niveles clásicos en la investigación exegética, manteniendo la unidad de toda la Escritura o, como lo expresan las proposiciones del Sínodo «de la tradición viva de toda la Iglesia y, finalmente, de la atención a la analogía de la fe»²². Acercarse a la Escritura teniendo presente estos principios, evita errores y lecturas sesgadas, al tiempo que permite al propio individuo un crecimiento también maduro de su fe, donde la *oratio*, *meditatio* y *contemplatio* pasan por encima de otras lecturas donde el lector se convierte en un filólogo, a modo de cirujano, casi exclusivamente preocupado por lo formal del texto y la construcción del mismo.

En este sentido, y retomando la proposición 22, que antes citábamos del Sínodo, recordemos cómo se pedía expresamente que la lectura orante fuera propuesta también a los jóvenes... Pues, en este sentido, sólo podremos proponer adecuadamente a los jóvenes la Palabra de Dios, sino caemos en estos errores de interpretación y de lectura. Ningún joven hoy en día y, casi con seguridad muy pocos adultos, aceptarían la defensa de una interpretación que proponga como base de fundamentación la negación de la ciencia. Por ello es preciso, no actuar de manera infantil o inmadura. No estoy afirmando que, de manera general, hoy se mantengan este tipo de posturas, sino que es preciso estar muy atentos a un adecuado equilibrio entre lo que queremos transmitir y la manera cómo lo hacemos. La propuesta y la interpretación, por tanto, han de tener en cuenta todas las claves necesarias; de tal suerte que también aquel que ha sido formado a partir de unas claves científicas sea capaz de tomar conciencia de que la fe no está en oposición a la ciencia, ni tan siquiera reñida con la existencia de Dios. Si fuéramos capaces de diferenciar estas cuestiones, haríamos un fantástico favor a la fe de las próximas generaciones, al tiempo que dejaríamos abierta la puerta para un diálogo sereno con la sociedad, tal y como lo presentaba la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* en su inicio:

«El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por ello, se siente verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1).

²² *Proposición*, n. 25.

Mostrando cómo aquello que vive el hombre preocupa a la Iglesia y tiene un reflejo concreto también en la Escritura. Por tanto, si de algo tiene necesidad, en este momento nuestro mundo, es de maestros de oración. En el sentido clásico del término, de aquel que enseña, que acompaña, que es capaz de iniciar a otros en un determinado camino y técnica, pero además haciéndolo a partir de su propia experiencia personal, que la comparte y ofrece a otros, porque es lo mejor que les puede ofrecer. Partiendo para ello, además de esa confianza en el hombre, en la que uno es capaz de ofrecer toda su vida y, en la misma ofrenda, proponer y permitir el cambio de vida y la apertura a nuevos lenguajes.

Precisamente por ello, un método que sea capaz de poner en relación a un nivel de interiorización estos elementos supone un camino que, humildemente, considero adecuado también para nuestro presente. En este sentido, hemos de ser conscientes de que la simple lectura atenta no agota el sentido de la Escritura, sino que amplía sus posibilidades. Es, por tanto, una llamada de atención a desarrollar nuevas fórmulas e iniciativas capaces de suscitar y atraer, no sólo a los que ya de manera ordinaria se acercan a las iniciativas eclesiales si no especialmente, a aquellos cuyos intereses van por otra parte, pero que están abiertos a una comprensión de nuestra cultura de manera amplia. En este sentido, una fantástica ayuda para la *Lectio* puede ser el mundo de la expresión artística religiosa... es decir, utilizar el arte religioso de todas las épocas como una plasmación concreta de un mensaje en un tiempo, capaz de ser comprendido por sus coetáneos.

No olvidemos, en este sentido, acompañados del santo de Fontiveros, que para que esto se pueda dar hemos de salir de lo ordinario y lograr que nuestro espacio esté ya calmo y sosegado. Solemos llegar al encuentro con Dios, a esos cortos espacios de oración que abrimos en nuestras vidas llenos de cuestiones, de preguntas, de preocupaciones... que no dejan de ser otro tipo de lenguaje y, por tanto, de palabras. El reto está precisamente en una actitud diversa, de aquél que va en búsqueda, pero que al igual que el peregrino no puede llevar consigo mucha impedimenta, pues la ha de cargar sobre sus hombros. Supone, por tanto, pasar de la oración a la contemplación, a mirar de otra manera todo lo que nos rodea.

Muy acertadas resultan aquí unas palabras de Alcuino que ponen en relación los elementos esenciales que hemos de conjugar:

«La Escritura es el banquete en el que Cristo ofrece la comida que nos alimenta, la ciencia que nos ilumina, la enseñanza de lo que tenemos que amar, de lo que hay que desear y de lo que debemos aspirar».

Por lo mismo, se ve la necesidad de introducirse de manera sosegada y progresiva en una tradición de la Iglesia, de tal manera que capacite al hombre para la escucha de un mensaje que también es válido para nuestro presente, sabiendo que para ello el hombre ha de hacer el esfuerzo por centrarse en lo esencial de su vida, prepararse incluso físicamente y, después, pasar a la lectura... que supone otro reto singular. Y éste es cómo hacer comprensible a los jóvenes de hoy que aquello que la Escritura nos ofrece y presenta, ha de ser leído desde unas claves que no pueden ser olvidadas, pues se correría el riesgo de que se convirtiera en una lectura más.

En este sentido, son especialmente iluminadoras las palabras de Alcuino, que percibe la Palabra como comida de Cristo, poniéndola por tanto en relación y dependencia también de la celebración eucarística, que también supone una manera concreta de estar y de actuar. Su modo de expresarse lógicamente no es nuevo o único, sino que responde a toda una tradición por la que caminará un número amplio de autores, de los que Alcuino representa uno más en ese tipo de lecturas o de interpretaciones²³. ¿Será posible convencer también a los hombres de nuestro presente de que necesitan –o necesitamos– alimentarnos de algo más que comida? Creo que la solución se encuentra en que nosotros mismos creamos realmente en aquello que hacemos. No de manera teórica, sino abiertamente vital, que sea tal que no necesite de palabras para ser captada por otros. Ahí está precisamente la fuerza y la singularidad específica de la santidad cristiana. Si la Palabra de Dios no ocupa un papel más trascendente en la vida de los cristianos, esto es también culpa de aquellos que tienen la tarea y responsabilidad de animar a la comunidad.

3. «A OSCURAS Y SEGURA POR LA SECRETA ESCALA»²⁴

Una vez que nos hemos introducido en la práctica de la lectura, se impone dar un paso hacia delante, y éste es el de transitar por ese camino lento y sosegado que supone la meditación, dejando la mirada a gran distancia... para cen-

23 El obispo de Milán lo había expresado también de una forma muy hermosa: «Se bebe la sangre de Cristo por quien hemos sido redimidos, como se beben las palabras de la Escritura; éstas pasan a nuestras venas y, asimiladas, entran en nuestra vida». San Ambrosio, “Commento a dodici salmi”, t. I, en *Opere*, t. VII, Biblioteca Ambrosiana-Città Nuova, Milano-Roma 1980, 80-81.

24 San Juan de la Cruz, “Noche Oscura, canción 2ª”, en *op. cit.*, 644.

trarla en la Palabra, permanecer por un espacio de tiempo ante el texto, dejando que resuene y hable en nuestro corazón. Tradicionalmente se ha utilizado la imagen de masticar y rumiar. Es un bello retrato que nos habla también de otras “necesidades” fundamentales del hombre, y que no son simplemente las materiales, de ahí la pregunta que nos hacíamos hace un momento. Es una categoría que también hoy hemos de tener presente, puesto que posibilita una relación personal, de intimidad con el Señor. Ese introducirse en la Palabra supone hacerla nuestra, no verla ya como algo simplemente anecdótico o referido a otros, sino que entabla una relación directa y personal con nosotros mismos. Somos nosotros y también los hombres de nuestro presente, los que reciben y escuchan ese mensaje, que han de ser capaces de discernir en toda su riqueza.

Grandes figuras de la espiritualidad como santa Clara de Asís, a este respecto, han utilizado la metáfora del espejo, haciendo ver cómo Dios nos devuelve su imagen en lo concreto de nuestra realidad y de nuestra experiencia. Ya Ruperto de Deutz había afirmado que «cuando leemos las Sagradas Escrituras, tenemos en nuestras manos el Verbo de Dios; tenemos en nuestros ojos, como en un espejo, si bien de manera confusa, al mismo Hijo de Dios»²⁵. Por tanto, no se trata simplemente de una argumentación teórica, sino de algo que necesariamente se ha de convertir en una experiencia de vida, en la que es necesaria también por nuestra parte una actitud, para que podamos realmente situarnos en una praxis contemplativa²⁶. Esta metáfora medieval, nos permite también un juego e interpretación particular... tradicionalmente el espejo que era bruñido a mano... si era demasiado cóncavo o convexo producía una distorsión de la imagen, cuestión que ayuda a comprender la necesidad de ver y aceptar la palabra tal y como es. Mantener un encuentro auténtico y profundo con la misma. Ésta nos muestra una imagen auténtica de Dios y no una imagen cualquiera, que puede estar distorsionada por nuestros propios usos o intereses particulares, como ocurre con el juego del espejo. En este sentido, la *Lectio* es un medio adecuado para que nosotros dejemos de ser el centro de atención y pongamos a Dios en el lugar de preferencia, para que sea Él quien hable y nosotros los que escuchemos. Algo que está bastante lejos de nuestra

25 “Cum igitur Scripturam sanctam legimus, Verbum Dei tractamus, Filium Dei per speculum et in aenigmate prae oculis habemus”. Ruperto de Deutz, *De sancta Trinitate et operibus eius. De operibus Spiritus sancti*, lib. I, 6 (CC CM 24,1827).

26 No quiero entrar en discusión sobre qué es la contemplación, tema que hoy en día se encuentra en un debate constante. De manera sencilla, entendemos la contemplación como una actitud existencial, de saborear y disfrutar de las cosas que tenemos y vemos. Por lo tanto, muy en conformidad con el método de la *Lectio Divina*.

práctica general, donde solemos ser nosotros los que constantemente hablamos en la oración, por lo que al final no dejamos mucho espacio para escuchar lo que Dios nos quiere comunicar, aunque sea por medio de los acontecimientos de nuestra vida.

Estrechamente vinculado a esto se encuentra el detalle singular de contemplar y meditar nuestra vida desde la mirada de Dios. O, dicho de otra manera, ver nuestra vida reflejada en la realidad de Dios. De esta manera, la Palabra permite ofrecer luces y sombras sobre nuestra vida que son verdaderas llamadas al discernimiento y a la búsqueda personal, en una constante apertura al otro identificado especialmente en el necesitado de nuestra sociedad. Es la capacidad sanadora de Dios actuando por medio de su Palabra. Insisto en la idea de sanar, pues nuestro presente que goza de infinidad de medios y técnicas, si de algo se encuentra especialmente necesitado es de una escucha atenta de lo que siente y sufre el hombre concreto²⁷.

Por tanto, la *Lectio* permite llevar la oración a nuestra vida, pero también hacer un hueco para que la oración marque pautas o caminos en la propia trayectoria. Precisamente cuando ésta se hace en grupo, tenemos la oportunidad de que nos ayude a la comprensión también de los otros, pero incluso de que se supere esa primera etapa formal y se pase a una experiencia más profunda en la que unos enriquecen la experiencia y la comprensión de los otros. Precisamente esa fue la experiencia que tuvo, y expresa magníficamente en sus escritos, Gregorio Magno haciendo referencia a las explicaciones y la *Lectio*, dentro de la vida monacal de la que él formaba parte. Así, explicando al profeta Ezequiel afirma:

«Afronto la explicación de este profeta no de manera temeraria, sino humildemente. Se por experiencia que muchas cosas del texto sagrado que yo solo no lograba comprender, las he entendido en presencia de mis hermanos. Es evidente que esa luz se me ha concedido en beneficio de aquellos en cuya presencia me es dada. De donde se deduce que, con el favor del Señor, aprendo para vosotros lo que enseño para vosotros. Confieso que con frecuencia escucho en medio de vosotros lo que os digo a vosotros»²⁸.

27 En este sentido, no olvidemos el espacio singular que ha jugado como “sanación” el mundo de la dirección y acompañamiento espiritual, donde el hombre tiene la capacidad de confrontarse y expresar aquello que siente y vive. También como un paso intermedio entre la lectura y la vida, como una herramienta más en ese camino. Hoy en día que este tipo de prácticas han caído en desuso, quizás por una inadecuada comprensión de los mismos, la gente sigue buscando lugares afectivos donde poner en palabras aquello que siente y vive, tarea a veces nada fácil, y que requiere una intimidad en la que Dios ha de estar también presente.

28 “Non enim hoc temeritate aggredior, sed humilitate. Scio enim quia plerumque multa in sacro eloquio, quae solus intellegere non potril, coram fratribus meis positus intellexi. Ex quo intellectu et hoc

Nuestra realidad más limitada confrontada a partir del ser de Dios... y, sus palabras, nos dan la clave de aquello que somos y que nos cuesta aceptar: «Bienaventurados los pobres de espíritu»... podemos llegar al reconocimiento auténtico y veraz de lo que somos... pequeños ante Dios. No son palabras de falsedad y de justificación de todo, como en algunos momentos se ha dicho respecto al cristianismo, sino que se trata de una implicación lenta y minuciosa... que supone una lectura coherente de la antropología humana, en la que no se pretenden hacer compartimentos estancos. La consecuencia, como veremos más adelante, es la posibilidad de una fe encarnada. Reto de todo verdadero creyente.

Pero para llegar a ello es preciso dejarse cuestionar y escrutar por la Palabra. Requiere, por tanto una verdadera humildad. No cualquier cosa es válida, y menos todavía a cualquier precio.

El camino que tenemos ante nuestros ojos es incomparable: la capacidad para conocer a Dios y, en la misma medida, conocernos mejor a nosotros mismos. ¿Podríamos hablar de gozar de la verdadera sabiduría? En esa línea se sitúa la propuesta. Por tanto es algo, que se ha de realizar sin prisa, con la debida atención y detalle... igual que se contempla una bella obra de arte, sobre la que no pasamos de cualquier manera, sino que nos detenemos y procuramos captar los matices, los brillos. Delante de la que nos movemos con el afán de captar perspectivas diversas. Es necesario insistir que, en este sentido, la contemplación desde la Palabra, nuevamente supone un descentramiento de nosotros mismos, para que Dios pueda ocupar el lugar principal. No es fácil dejar de mirarnos en aquello que hacemos y decimos, como lo hemos hecho siempre, para poder descubrir en ello también la llamada de Dios... incluso el corazón de Dios. Su ser más auténtico y profundo, que es el que puede también dar sentido a nuestra vida. Así se explican las palabras de la Carta a los Hebreos, cuando afirma, «la palabra de Dios es vida, es eficaz y más cortante que una espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y el espíritu, hasta las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hb 4,12-13).

El detalle es realmente importante, puesto que supone que la palabra de Dios, nos ofrece las herramientas necesarias para optar en la vida, para ser plenamente hombres en un mundo que, en muchos momentos, pierde su hori-

quoque intellegere studui, ut scirem ex quórum mihi merito intellectus daretur. Patet enim quia hoc mihi pro illis datur quibus mihi praesentibus datur". San Gregorio Magno, *Homiliae in Hiezechihelam prophetam*, II, 2, 1 (CC SL 142, 225).

zonte. Hoy en día, cuando lo religioso se quiere trasladar a una parcela de lo privado, se impone la necesidad de mostrar el necesario equilibrio y la adecuada coherencia en la manera de estar en el mundo. Supone, como dice la carta a los hebreos, discernir los pensamientos y las intenciones profundas de nuestra vida. En un momento donde todo el acento se pone en las palabras, al creyente le corresponde la tarea de vivir desde una nueva clave: una Palabra –con mayúscula– pero hecha vida, cuyo sentido originario no está en el discurso ni en la confrontación, sino en la coherencia de vida. Insisto en estos detalles, puesto que son los que ponen en evidencia que nuestra existencia es también un compromiso con el hombre, desde la fe. Dicho iter parte de la coherencia de la propia vida, aquella que pone de manifiesto el salmista. En una vida que opta por la confianza en Dios y, desde ella, cobra nuevo sentido también su vida:

«Señor, tú me examinas y me conoces,
sabes cuando me siento o me levanto,
desde lejos penetras mis pensamientos...
Me envuelves por detrás y por delante,
y tus manos me protegen...» (S 139,1-2.5).

Por tanto, la Palabra es un elemento irrenunciable en el camino de la fe. No puede haber un verdadero creyente sin un acercamiento sincero y meditativo al mensaje de salvación. Supone, como en el caso del salmista, después del reconocimiento de la omnipotencia divina, después de reconocerle a Él, la posibilidad de ser alcanzados por su mirada, para orientar nuestra vida y nuestros actos, hacia su mensaje:

«¡Examíname, oh Dios y conoce mi interior,
ponme a prueba y conoce mis pensamientos;
mira si en mi camino hay maldad,
y guíame por el camino eterno!» (S 139,23-24).

El salmista ha sido capaz de comprender que Dios está hablando con el corazón o, en esa expresión tan profunda de la misma Escritura, *desde sus entrañas*, desde lo que él mismo es y siente. Desde su experiencia radical de amor por el hombre. Entiendo que estas palabras pueden correr el peligro de aparecer como carentes de sentido, por estar quizás demasiado oídas o por haber sido enunciadas como si de cualquier otra cosa se tratara. Cuando, por el contrario, hacen referencia a una de esas pocas cuestiones esenciales que se dan en nuestra vida. Aquél que nos invita a participar de su propia intimidad nos habla de aquello que está en sus entrañas, del amor que tiene por el hombre concreto. Y, precisamente por tener esta experiencia es por lo que san

Gregorio Magno afirmó que la Escritura es «una carta de Dios omnipotente a su criatura [...] en ella se aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios»²⁹.

No es fácil someternos al cambio de lenguaje que exige el ejercicio de la contemplación, de tal manera que podamos verle, contemplarle, sentirle... por medio de las palabras. Este es el gran reto para nuestro presente: también hoy es urgente reconocer a Dios en su Palabra. No como algo profesado mecánicamente, sino en esa implicación íntima que tenemos con aquellos que amamos y nos aman. Tendríamos que ser capaces de ver la Biblia como un libro, en el que se plasma de manera singular una aventura de vida y de intimidad, donde se nos cuenta esa experiencia, pero donde también hay espacio para nuestra propia vida. Vuelvo sobre esta idea, puesto que es una de las que sostiene nuestro discurso. Se trata de una llamada radical a alejarnos de la indiferencia o, si se prefiere, a que la palabra no nos resulte algo indolente. Estamos en un momento en el que, claramente, abundan las opiniones pero faltan las ideas profundas, en el que lo aparente ocupa muchos espacios de nuestra sociedad... y hemos de responder con la vida; que se manifiesta por medio de esos 73 libros, cada uno con su estilo y forma particular de expresión, que supone un aventura en la que llega incluso a preguntarse por los *porqués* y *para qué*s de la misma sociedad.

Eso explica que, en el reciente Sínodo, los Padres insistieran en la necesidad de cuidar y armonizar el encuentro con la Palabra en la lectura de la Sagrada Escritura, por considerar que en la lectura orante y fiel se profundiza en la relación con la misma persona de Jesús³⁰. No se trata de nada nuevo, sino de volver la mirada a lo esencial. Ya no será cuestión, por tanto, de mirar en un espejo la faz indefinida de un dios que no conocemos y nos resulta lejano y distante, sino que tiene el rostro del Hijo, que se identifica con toda su vida concreta, con todos sus hechos y dichos. Con una vida que presume una clara entrega de amor, que supone el abandono total, hasta asumir la propia muerte. Al igual que Jesús ofrece su vida, la Palabra nos ofrece un alimento sustancioso con el que poder caminar en ese encuentro.

29 "... quaedam epistulam omnipotentes Dei ad creaturam suam? Et certe sicubi esset vestra gloria alibi constituta et scripta terreni imperatoris acciperet, non cesarte, non quiesceret, somnum oculis non daret, nisi prius quid sibi imperator terrenus scripsisset agnovisset. Imperator caeli, dominus hominum et angelorum pro vita tua tibi suas epistulas transmisit, et tamen gloriose fili, easdem epistulas ardentem legere neglegis. Stude, quaeso et cotidie creatoris tibi verba meditare; disce cor Dei in verbis Dei". San Gregorio Magno, *Registrum epistolarum*, lib. V, 46 (CC SL 140, 339-340).

30 Cf. *Proposición*, n. 9.

Pero, hay que asumir que implica, además, aceptar el camino recorrido por el Resucitado, que también conlleva exigencias. Otro detalle nada agradable en nuestro presente, que está cada vez más acostumbrado a usar y tirar, sin sopesar las consecuencias que esto lleva consigo, tanto en el ámbito de las relaciones humanas, como con el mismo mundo en el que vivimos. Sucede con frecuencia que las palabras no ayudan al hombre a asimilar, pero para comprender la palabra de Dios es preciso ser auténticamente humanos, estar plenamente insertos en el mundo. El sentido profundo lo encontramos ya en el Génesis:

«Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra» (Gn 1,26).

Es la propuesta de una ciudad nueva, que es una forma de hablar pero, sobretodo, es una tarea que se ha de deducir de nuestro encuentro personal con Él. No es cuestión siquiera de oportunismo, como pudiera parecer hoy en día por la relación intrínseca que esto tiene con lo creado y los movimientos ecologistas. Se trata de la búsqueda de respuestas inteligentes ante la urgencia del momento presente, que también tiene necesidad de encontrar respuestas veraces capaces de dar sentido y razón de ser auténticas, de tal suerte que se convierta en un fuego transformador. Supone la recuperación profunda de la fe, que es la luz de Dios creador y recreador. Que, desde la clave de fe, supone la superación de dicotomías y dualismos, de tal suerte que podamos mirar tanto a Dios como al hombre de frente, sin necesidad de espejos, que nos devuelvan la imagen.

La intuición divina de crear al hombre como reflejo de lo sagrado es también una llamada de atención a escuchar su palabra, en toda su radicalidad y profundidad, sin distorsionarla. Frente a esto, la actitud de autosuficiencia de una sociedad que por el hecho de caminar de conquista en conquista en el campo científico y tecnológico, se siente satisfecha, sin necesidad de mirar hacia otros, ni siquiera hacia Dios. El riesgo parece bastante lógico, forma parte del egocentrismo propio del hombre, por lo que es necesario que alguien nos haga tomar conciencia del límite y deterioro de la realidad en la que vivimos. Podemos estar llenos de múltiples cosas, pero nos puede estar faltando lo esencial.

Es precisamente lo contrario que expresa san Juan de la Cruz en esos versos de *Noche*. La seguridad por la que él propone caminar es la de la fe, la de

aquel que se siente seguro junto a Dios, que lo hace silenciosamente, para no apagar la voz del que ha de ser escuchado, para que pueda ser oído con claridad el mensaje, para que no entremos en la fácil confusión de las voces. Es, por tanto, la experiencia del que ya no tiene necesidad de engañarse y esperar en cosas materiales y medibles, puesto que no sirven para llenar su vida. Es la misma experiencia del salmista cuando afirmaba «Para mis pies lámpara tu palabra, luz en mi sendero» (S 119,105). Es el equilibrio entre lo esencial y lo pasajero, entre lo que cuenta y lo que no cuenta. Es, además, la muestra de una intimidad y complicidad con aquél que vamos a encontrarnos.

Dicha colaboración, que evidencia una fuerte intimidad, por otra parte, supone reconocer en nuestra vida que «no conocemos por la fe, sino por el amor»³¹. Es una llamada de atención a movernos desde claves diferentes a las que están presentes en el mundo, a manifestar esa grandeza de Dios, actuando en nuestras vidas y que se expresa precisamente por medio de los hechos concretos, a través de esa expresión tan querida a la Escritura: con entrañas de misericordia. Precisamente por esa necesidad que la misma Palabra tiene de ser transmitida y conocida es por lo que el Sínodo insistía en que «que la Palabra de Dios debe penetrar en todos los ambientes de tal suerte que la cultura produzca expresiones originales de vida, de liturgia, de pensamiento cristiano»³².

En un mundo como el actual, donde estamos constantemente hablando de globalización, de interculturalidad... la Escritura se presenta no como un medio de confrontación y de enfrentamiento sino, muy al contrario, como una oferta o modelo particular de encuentro y de posibilidad social, una llamada a salir de nosotros mismos, a ser capaces de escuchar y entender lo que el otro, el diferente, tiene que decirnos. Si la Palabra supone encuentro con Dios, necesariamente ha de ser también encuentro con el otro, desde las mismas claves con las que Dios se encuentra y nos mira a nosotros mismos. No se trata, por tanto, simplemente de estructuras formales, de conocer más allá de lo teórico, como hemos señalado hace un momento, sino que hemos de «aprender a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios», en esas hermosas palabras de san Ambrosio antes citadas³³. Qué lejos nos sitúa esta manera de entender las cosas de visiones como las que se han mantenido a lo largo de los

31 “Scitis autem, dico, non per fidem, sed per amorem”. San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, lib. I, 14, 4 (CC SL 141, 99).

32 *Proposición*, n. 48.

33 Véase nota 29.

siglos, cuando precisamente la Escritura ha sido un medio de confrontación ya no sólo con otras religiones, sino incluso entre los mismos cristianos³⁴.

Conocer a Dios por medio de sus palabras, supone la posibilidad de contar en todo momento con una mensaje abierto que de sentido a nuestra vida... como afirma san Juan de la Cruz, en el verso que antes citábamos: *a oscuras y segura...* es decir, que se nos ofrece una guía firme en el camino, «una brújula que nos indica el camino a seguir»³⁵. Pero no lo olvidemos, una brújula sólo sirve en la medida en que somos capaces de interpretar aquello que nos dice, supone necesariamente la obligación de saber interpretar y saber leer... supone, por tanto, la capacidad para descifrar su mensaje. Y este mensaje implica, por una parte, el estudio atento que posibilita la adecuada interpretación del texto, manteniendo los dos niveles de comprensión: el literal y el espiritual³⁶; y, por la otra, una asunción personal de la misma en la propia vida. Sin olvidar que, en la inspiración de dicha palabra, en su interpretación y en la comprensión de la misma, ocupa un papel singular el Espíritu Santo³⁷. Es éste el que actúa como garante de la misma, permitiendo que ésta resulte eficaz.

Detengámonos brevemente en este último detalle, el de la eficacia. Estamos acostumbrados a una manera de comprenderla e interpretarla, tanto en nuestra vida, como en nuestro entorno social. Desde una lectura evangélica, la eficacia supone maneras nuevas de ilustrar y leer los acontecimientos, entrando en juego elementos que en otros entornos pasan totalmente desapercibidos. La eficacia, si es posible hablar de la misma desde una clave evangélica, supone ese proceso que los maestros de oración han tenido presentes en su vidas, desde el momento en que las decisiones para ellos dejan de ser algo personal, dejando espacio al Espíritu en las mismas, viéndose en muchos momentos abocados a hacer cuestiones que estaban lejos de sus intereses originales. Es el proceso que la *Lectio* marca entre la oración-contemplación y el discernimiento. Aquello que san Gregorio Magno describió de una manera magistral con aquella metáfora:

«Se podría comparar la Palabra del texto sagrado a una piedra de pedernal. En la mano se mantiene fría, pero, golpeada con un hierro, brilla en centellas y, la

34 Precisamente por ello, en las *Proposiciones* presentadas al Papa, al clausurar el Sínodo de la Palabra, en la n. 16, acerca del *Leccionario* se insistía en que: «La revisión de un Leccionario podría ser hecha en diálogo con aquellos socios ecuménicos que utilizan este Leccionario común».

35 *Proposición* n. 34. Texto tomado de: Mensaje para la XXI Jornada Mundial de la Juventud, 9 de abril de 2006.

36 *Proposición*, n. 6.

37 *Ibid.*, n. 5.

que antes en la mano parecía fría, despidió fuego. Así son las palabras de la Sagrada Escritura: en la narración de la lectura se mantienen frías; pero si alguno la golpea con la inspiración del Señor y con atenta inteligencia, de su significado místico emana un fuego que inflama el corazón»³⁸.

4. «SIN OTRA LUZ Y GUÍA SINO LA QUE EN EL CORAZÓN ARDÍA»³⁹

Entramos en la canción tercera, en la que san Juan de la Cruz insiste en una idea ampliamente repetida en los santos: el hecho de que le ardía el corazón. La imagen es sumamente plástica y, después del proceso de intimidad con el Señor por medio de su mensaje, llega la apertura al gozo de participar de su visión. El individuo, después de discernir ese encuentro con Dios, está ya en actitud de comunicar su propia experiencia. Dios, por medio de su Palabra, se convierte en abrazo que espera una respuesta de adhesión o de rechazo, implicación que produce un gozo y felicidad inmenso, al mismo tiempo que delimita diversos niveles de compromiso en el creyente.

Esta alegría supone, al mismo tiempo, la puesta en práctica de otra escala de valores a la que estamos acostumbrados. Donde el individuo está ya en condiciones de medir las cuestiones con un baremo diferente al usado ordinariamente en su vida. La consecuencia es que aquello que anteriormente parecía importante, ahora pasa a ser secundario. Es la relativización de lo material, que supone una auténtica y profunda libertad, por que uno finalmente ha encontrado su propio tesoro (cf. Lc 15). Es el paso a vivir en las categorías de la misericordia; opción de vida nada fácil de comprender para aquellos que siguen poniendo el acento en el propio yo⁴⁰.

Por tanto, el camino emprendido por aquel que pone entre sus manos la Palabra en una actitud de apertura y receptividad, igual que no tenía como ori-

38 “Cui ergo verbum sacri eloquii nisi lapidi simile dixerim, in quo ignis latet? Qui manu quidem frigidus tenetur, sed, percussus ferro, per cintillas emicat, atque hoc emittit ignem qui post ardeat, quod prius manus frigidum tenebat. Sic etenim, sic verba sunt sacri eloquii, quae quidem per narrationem litterae frigida tenentur, sed si quis haec, aspirante Domino, intento intellectu pulsaverit, de mysticis eius sensibus ignem producit, ut in eis verbis post animus spiritualiter ardeat, quae Prius per litteram ipse quoque frigidus audiebat”. San Gregorio Magno, *Homiliae in Hiezechielem prophetam*, II, 10, 1 (CC SL 142, 379).

39 San Juan de la Cruz, “Noche Oscura, canción 3ª”, en, *op. cit.*, 684.

40 Pero, la prueba de su autenticidad se encuentra también en esa misma incomprensión. Puesto que es la experiencia de los grandes creyentes: el sentirse incomprendidos, incluso tildados de locos, mientras ellos sienten un gozo y una alegría interior que no necesita ser correspondida o entendida por otros. Son capaces de vivir, por tanto, con absoluta libertad.

gen la realidad individual del propio individuo, tampoco lo tiene como horizonte, sino que muy al contrario éste se sitúa ahora como mediador del mensaje recibido, para que también pueda ser comprendido y asimilado por otros. Por tanto, aquel que es realmente capaz de escuchar la Palabra, está llamado a ser testigo, después de haber asimilado serenamente el mensaje. Por lo mismo, podemos afirmar que la Palabra de Dios se entiende verdaderamente sólo cuando se comienza a poner en práctica⁴¹. Precisamente porque ahí está su razón de ser y fuerza más profunda, lo que marca la diferencia con otro tipo de mensajes recibidos o palabras escuchadas⁴². Por lo mismo, este movimiento final tiene presente todos los pasos sucesivos que el método de la *Lectio Divina* pone de manifiesto en su procesualidad interna. Este detalle lo había expresado con gran acierto la Epístola de Santiago, mostrando las dos opciones ante las que se encuentra el hombre, en esa necesidad que tiene de optar:

«Poned, pues, en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Pues el que la oye y no la cumple se parece al hombre que contempla su rostro en un espejo... dichoso el hombre que se dedica a meditar la ley perfecta de la libertad; y no se contenta con oírla, para luego olvidarla, sino que la pone en práctica» (Sant 1,22-25).

Es interesante retomar las palabras del apóstol Santiago, porque nuevamente nos presenta la imagen del espejo, distinguiendo perfectamente entre la mirada y decisión que ha de identificar al verdadero testigo, de aquel que se aleja del mensaje. Dos maneras de comprender que se encuentran en polos manifiestamente opuestos. La diferencia estriba en la docilidad ante el mensaje. Precisamente por eso, cumplir la palabra supone, además, una categoría esencial en la vida del creyente: la *obediencia*, que lo es fundamentalmente a la obra de Dios expresada en su Palabra. San Pablo, precisamente, habla de obediencia a la doctrina (Rom 6,17), de obediencia al Evangelio (Rom 10,16; 2 Tes 1,8), de obediencia a la verdad (Gal 5,7), de obediencia a Cristo (2 Cor 10,5). Encontramos también el mismo lenguaje en otros lugares del Nuevo Testamento: en los Hechos de los Apóstoles se habla de obediencia a la fe (Hch 6,7); la Primera Carta de Pedro habla de obediencia a Cristo (1 Pe 1,2) y de obediencia a la verdad (1 Pe 1,22).

41 Cf. San Gregorio Magno, *Homiliae in Hiezechihalem prophetam*, I, 10, 31 (CC SL 142, 159).

42 Esa es precisamente la singularidad de la Palabra el ser convertida en acto, no de una manera beligerante y apologética, sino como oferta auténtica de la propia experiencia que uno ha tenido en su vida que, al ser buena para él mismo, la quiere ofrecer también a los otros.

La insistencia y variedad conceptual refiere también la importancia que hemos de dar a la obediencia, desde la misma opción creyente. El fundamento se encuentra en el Maestro, puesto que la obediencia misma de Jesús se ejerce, de manera esencial a través del cumplimiento de palabras escritas. Así ocurre en el episodio de las tentaciones del desierto, donde la actitud de Jesús consiste en recordar las palabras de Dios y ajustarse a ellas: «¡Está escrito!» –dirá–. Su obediencia se ejerce, de modo particular, en las palabras que están escritas sobre Él y para Él «en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Lc 24,44), y que Él, como hombre, descubre a medida que avanza en la comprensión y en el cumplimiento de su misión. Por eso, cuando sus discípulos quieren oponerse a su arresto, Jesús dice: «Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?» (Mt 26,54). La vida de Jesús está guiada por una estela luminosa que los demás no ven y que está formada por las palabras escritas para Él. En las Escrituras deduce el camino concreto y particular que ha de regir toda su vida.

Por lo mismo, desde estos ejemplos concretos, el discípulo ha de reproducir la vida y, sobre todo, las actitudes del Señor; con la libertad suficiente para darle su estilo y cariz propio, evitando una simple reproducción de conductas y de actos y, muy al contrario, tomando la actitud activa de una reproducción y asimilación creativa, que es capaz de «ponerla en práctica» a partir de su propia y peculiar manera de mirar. Es decir, desde sus propias cualidades y talentos personales.

Pero recordemos ahora, para no perderlo de vista, todo el proceso anterior con un lenguaje simbólico del monje Guigo, quien afirmaba que: «la lectura ofrece a la boca un alimento sustancioso, la meditación lo mastica y lo tritura»⁴³. Y, concluido ese proceso, viene la acción de aquello que el hombre ha recibido. Puesto que si ya anteriormente hemos señalado cómo el individuo se encuentra en el proceso de pasar a la acción, de poner por obra la Palabra, se ha de llegar necesariamente a su concreción real. Es decir, las obras han de verificar aquello que antes ha sido orado y discernido. ¿Podríamos hablar de coherencia de vida? Pero una autenticidad de vida, insisto, que tiene como elemento esencial la posibilidad de ser contrastada. Frente a las múltiples ofertas que el mundo actual pone ante los ojos y oídos de las personas, la del seguimiento de Jesús, se ha de manifestar precisamente en esa coherencia interna que, en muchos momentos, no será siquiera comprendida y, menos aún, acep-

43 Guigo II, "Lettera sulla vita contemplativa (Scala claustralium), 3", en *Un itinerario di contemplazione. Antologia di autori certosini*, Edizioni Paoline, Milano 1986, 22.

tada. Incluso podríamos decir que también hoy, sigue siendo causa de muerte violenta en muchos lugares. Por lo mismo, el mensaje que queremos transmitir, en cuanto que se refiere a la interpretación de la experiencia espiritual y a la delineación de una tipología concreta de la experiencia cristiana, donde se trata de un proceso de inmersión en el propio individuo y, al mismo tiempo, de una mirada contemplativa hacia la sociedad de la que éste forma parte, es preciso también un constante equilibrio y diálogo, para que se pueda alcanzar el fin propuesto. Por lo mismo, la posibilidad de articular una fenomenología de la experiencia cristiana implica y parte del reconocimiento de una identidad específica y de su experiencia que, una vez asimilada, es necesario traspasar a hechos concretos, y que miren especialmente hacia las necesidades de los otros.

Por lo mismo, tenemos la obligación de elaborar para el hombre de nuestro tiempo, formas concretas que le ayuden a mirar la Palabra como parte de su vida, para que desde ella se pueda también amparar y desarrollar otra manera de vivir. Algo que las proposiciones del Sínodo planteaban de una manera clásica, esas preguntas que hacen que la Palabra esté inserta también en el presente concreto de nuestras vidas, teniendo como marco la celebración litúrgica y el adecuado comentario homilético: qué dicen las lecturas proclamadas; qué me dicen a mi personalmente; qué debo decir a la comunidad, teniendo cuenta de la situación concreta⁴⁴. Pero esas preguntas, que directamente van pensadas para el que comenta formalmente la Palabra de Dios en la eucaristía, son también una responsabilidad para toda la comunidad cristiana, que deberá añadir una última y no menos importante pregunta: cómo puedo yo ponerla por obra, en mi vida y en mi entorno. Todo un reto. Por lo mismo, en la proposición 22 se ponía el acento en el ejemplo de María y de los Santos, como aquéllos que fueron capaces de expresarlo con las obras de su propia vida⁴⁵.

44 Cf. *Proposición*, n. 15.

45 La proposición n. 22 lleva por título «Palabra de Dios y lectura orante». Los Padres sinodales presentaban en ella los referentes que ellos consideraban necesarios en esa búsqueda. El texto no resulta simplemente coherente, sino también implicativo: «Per questo importante: – che si colleghi profondamente la lettura orante con l'esempio di Maria e dei Santi nella storia della Chiesa, quali realizzatori della lettura della Parola secondo lo Spirito; – che si ricorra a dei maestri in materia; – che si assicuri che i Pastori, preti e diaconi, e in modo del tutto peculiare i futuri preti abbiano una formazione adeguata perché possano a loro volta formare il popolo di Dio in questa dinamica spirituale; – che i fedeli vengano iniziati secondo le circostanze, le categorie e le culture al metodo pi appropriato di lettura orante, personale e/o comunitaria (*Lectio divina*, *Esercizi spirituali nella vita quotidiana*, *Seven Steps in Africa e altrove*, diversi metodi di preghiera, condivisione in famiglia e nelle comunità ecclesiali di base, ecc.); – che sia incoraggiata la prassi della lettura orante fatta con i testi liturgici che la Chiesa propone per la celebra-

Ya en la preparación de los *Lineamenta* del Sínodo, en su conclusión, se proponía a la consideración de los Padres unas palabras de San Máximo el Confesor sumamente elocuentes: «Las palabras de Dios, si son simplemente pronunciadas, no son escuchadas, porque no tienen como voz las obras de aquellos que las dicen. Si al contrario, son pronunciadas conjuntamente con la práctica de los mandamientos, tienen el poder con esta voz de hacer desaparecer los demonios y de estimular a los hombres a edificar el templo divino del corazón con el progreso en las obras de justicia⁴⁶». Por tanto ahí está el reto: en hacer crecer las obras de la justicia y la necesaria concordia ante todos los hombres, por la conciencia filial de tener un mismo Padre. En la búsqueda de lo que tradicionalmente ha sido conocido como el Bien Común, entendiéndolo como algo que está por encima de nuestros propios intereses.

Por lo mismo, quiero concluir con aquella oración que San Agustín expresa en sus Confesiones, y que pone en la búsqueda de la Palabra, una manera auténtica del encuentro y del cumplimiento de la voluntad de Dios:

«Que tus Escrituras constituyan para mí un encanto lleno de pureza. Que no me engañe en ellas ni con ellas sirva a otros de engaño. Te confesaré los descubrimientos que hagan en tus libros y oiré la voz de la alabanza, y te beberé y condensaré las maravillas de tu ley... Que a los ojos de tu misericordia les sea grato que yo halle gracia delante de ti, para que cuando llame, se me abran de par en par las intimidades de tus palabras... Te lo pido por nuestro Señor Jesucristo... en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Estos tesoros los busco yo ahora en tus libros»⁴⁷.

Prof. D. Miguel Anxo Pena González

Profesor de Teología e Historia
de la Espiritualidad

zione eucaristica domenicale e quotidiana, per meglio capire il rapporto tra Parola ed Eucaristia; – che si vigili affinché la lettura orante soprattutto comunitaria delle Scritture abbia il suo sbocco in un impegno di carità (cf. Lc 4,18-19). Consapevoli della larga diffusione attuale della *Lectio divina* e di altri metodi analoghi, i Padri sinodali vi vedono un vero segno di speranza e incoraggiano tutti i responsabili ecclesiali a moltiplicare gli sforzi in questo senso».

46 San Máximo el Confesor, *Capitulum theologorum et oeconomicorum duae centuriae* IV, 39 (MG 90, 1084).

47 San Agustín, *Confesiones*, XI, 2, 3-4, BAC, Madrid 2005, 379-381.

José-Román Flecha Andrés (Coord.)

LA SEMILLA
DE LA PALABRA DE DIOS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
Cátedra «Cardenal Ernesto Ruffini»

SALAMANCA
2010

© Servicio de Publicaciones
Universidad Pontificia de Salamanca
Compañía, 5 • 37002 Salamanca
Teléf. 923 27 71 28 y Fax 923 27 71 29
e-mail: serv.publi@upsa.es

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad
ni parte de esta publicación pueden reproducirse,
registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma y por ningún medio,
sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético
o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro,
sin permiso previo por escrito de los titulares del Copyright.

Motivo de cubierta: La Natividad
Mosaico-Capilla Palatina, Palermo, s. XII

I.S.B.N.: 978-84-7299-872-8
Depósito Legal: S. 120-2010

Imprenta KADMOS
SALAMANCA 2010

ÍNDICE

Presentación (José Román Flecha)	13
1. Card. Ruffini Ernesto, <i>El Evangelio de Pablo es el Evangelio de Jesucristo</i>	17
2. S.E. Mons. Ravasi Gianfranco, <i>La Biblia en cinco verbos</i>	39
3. Sánchez Caro, José Manuel, <i>Palabra de Dios y Escritura en el XII Sínodo de los Obispos</i>	51
4. Tejerina Arias, Gonzalo, <i>Palabra que espera el hombre</i>	69
5. Flecha Andrés, José-Román, <i>Palabra de Dios y moral cristiana</i>	87
6. Galindo García, Ángel, <i>Fe y justicia en el Cardenal Ernesto Ruffini. Aproximación a su enseñanza social</i>	113
7. De Miguel González, José Maria, <i>Palabra de Dios y Liturgia</i>	143
8. Pena González, Miguel Anxo, <i>Palabra de Dios y Espiritualidad</i>	171